

El juglar que no se cansa nunca

**Es capaz de tocar hasta 20 horas continuas. “Me dicen el carrotanque blindado porque no me canso nunca”, asegura este diminuto hombre que nació en Plato (Magdalena), pero que se crió en San Jacinto.*

✓ Por
JAVIER FRANCO ALTAMAR *

A Carmelo Torres le basta con tener un vaso de whisky al alcance de la mano. El resto de la fiesta correrá por cuenta de su voz y de su acordeón. No hay necesidad de encender el equipo de sonido.

Primero un paseo vallenato, después un porro, luego una guaracha, más adelante, un pajarito, una pausa, otra pausa, una y un merengue. Es momento del siguiente trago de whisky, después vendrán un son sabanero, una cumbia, y una improvisación.

Luego de una pausa, una puya, un tema de Juancho Polo Valencia, otro de Alfredo Gutiérrez, y una aproximación a las rutinas de Alejandro Durán. “Oye, Carmelo, itú sí tocas sabroso, carajo!”, le dice doña Margarita, una de las invitadas a la fiesta y quien no ha parado de bailar.

Hace rato que la noche cayó sobre Cartagena, y el barrio Crespo, normalmente tranquilo, se ve sacudido por los pitos de un acordeón. El calor también se ha ido. Es sábado y cumple años la señora Regina Angulo, una de las fundadoras del barrio. Para amenizar la parranda, los hermanos de la dama le han traído, desde San Jacinto (Bolívar), a Carmelo Torres y su conjunto.

Aunque nació en Plato (Magdalena) hace 62 años, Carmelo Torres es sanjacintero de corazón. “Apenas viví unos pocos meses en Plato”, asegura con su voz pausada. Es delgadito, moreno, y tiene el cabello gris. Parece un tanto tímido, pero esa impresión desaparece cuando se tercia el acordeón al pecho y comienza la poesía.

Lo acompañan los mismos músicos con que empezó desde joven: José El Mono Movilla (caja), Juan Anaya (guacharaca) y Gabriel Romero (conga). Tocan de memoria, al son que les imponga Carmelo.

Sus propios temas salen de vez en cuando. En la fiesta de ese

** Javier Franco Altamar nació en Barranquilla el 30 de octubre de 1963, es comunicador social-periodista de la Universidad Autónoma del Caribe, y Magíster en Comunicación de la Universidad del Norte. Ganador de varios premios de periodismo a nivel nacional y regional. Autor del libro *En este mundo historial*, un reportaje sobre la vida de Juancho Polo Valencia, publicado por la Fundación la Cueva.*



“
Cuando se le pregunta cómo llegó al acordeón, Carmelo recuerda a sus padres agricultores, cultivadores de tabaco en Bolívar, apenas conseguían lo suficiente para subsistir, de manera que comprar un acordeón no estaba ni siquiera entre los sueños. Fue un hermano suyo quien ahorró un poco de dinero y adquirió ese primer instrumento
”

Carmelo Torres es un auténtico juglar cuya resistencia física le permite tocar durante varias horas seguidas.

sábado en Crespo, en aire de paseo, Carmelo menciona a Plutón, el astro bajado de categoría. La canción se llama La segunda geografía, y la compuso hace 10 años. “Pero ahora, con el cuento de que Plutón dejó de ser planeta, me va a tocar escribirla de nuevo”, señala.

Más adelante, comienza la improvisación: habla de la homenajeada con versos rítmicos graciosos y punzantes. Y la parranda sigue hasta la madrugada. Nadie se acuerda del moderno equipo de sonido de la casa.

Torres está vestido con una camisa sencilla y un yin. Es la estampa modesta que normalmente lleva en sus presentaciones. Nada más acepta whisky porque le viene mejor con la diabetes. “A veces tomo cerveza fina, pero si me dan whisky, puedo durar hasta 20 horas cantando. Por algo me dicen el carro tanque blindado”, asegura entre carcajadas.

-¿Para usted quién es el mejor acordeonero?-le pregunto.

-Alfredo Gutiérrez entre los medios. Pero de los viejos, prefiero

a Luis Enrique Martínez.

-¿Y eso?

-Fue quien repartió el acordeón.

-No entiendo.

-Lo que pasa es que antes de él, los acordeoneros tocaban lo básico –pone los dedos de la mano derecha en el teclado de tres hileras y ejecuta una tonalidad grave-. Tocaban con las teclas del medio, y casi ni ponían los dedos en las de los extremos. Luis Enrique fue quien hizo eso por primera vez: le metió los pitos finos al vallenato.

-¿Y dónde queda Alejo Durán?

-Él tocaba lo básico –Abre los fuelles y deja salir una fracción de Alicia Adorada-, pero lo hacía muy bien.

-¿Y de los acordeoneros nuevos?

-El mejor es el difunto Juancho Rois. Claro que sin olvidar a Colacho Mendoza.

-¿Y qué opina de la nueva ola?

-No me gusta, pero por allí se deja escuchar una que otra.

Con el acordeón en las rodillas, podría pasar por un utilero o un ayudante, pero apenas se pone de pie y expande los fuelles con la mano izquierda, aparece la sonrisa que lo acompañará durante toda la canción.

Es el músico preferido de algunas familias de Bolívar. Saben que Carmelo les garantiza música permanente por horas y horas. “Yo no recuerdo cuántas canciones me sé, pero son más de 3.000”, asegura él. Fuera

de que su repertorio propio está compuesto por unos 200 temas de acordeón.

“Tengo siete discos grabados, pero a los clientes hay que complacerlos, y si piden Diomedes pues toco Diomedes”, dice en una pausa obligada por el bufet.

No se cansa ni pierde el timbre. Los músicos de su agrupación lo acompañan de memoria: saben cuándo subirá, cuándo bajará, cuando hará el pique, y cuando tocará con los bajos, es decir, los botones del extremo del acordeón con el que se expanden y comprimen los fuelles.

Así lo hacían los viejos juglares y así lo hace Carmelo. También él pasea su folclor por los pueblos y capitales de la Costa y siempre con sus músicos fieles. No exige que lo hospeden en hoteles de

lujo: lo único que necesita es un lugar donde dormir tranquilo.

Su última gran presentación nacional fue el 27 de julio de este año en el Festival Colombia al parque 2013, de Bogotá, realizado en el Parque de Los Novios. Carmelo y los músicos de su conjunto (estaban Rodrigo Salgado en la tumbadora; Orlando Landero en la caja; Raúl Molina en el bajo) fueron anunciados como la nota fresca de la Costa, bastiones de la música sabanera autóctona, rescatistas de la expresión de los juglares, en especial de Andrés Landeros, rey de la Cumbia en acordeón, muerto en el 2000, gran amigo y compañero de juega de Carmelo.

“Se cumplirán 14 años que falleció el maestro Landeros. Desde entonces, me quedé yo tocando las cumbias por ahí”, dijo en una entrevista al blog ‘Sonidos enraiza-

La alegría siempre acompaña el canto y la melodía del incansable Carmelo, quien complace a todos los que le solicitan toques.



“

No se cansa ni pierde el timbre. Los músicos de su agrupación lo acompañan de memoria: saben cuándo subirá, cuándo bajará, cuando hará el pique, y cuando tocará con los bajos, es decir, los botones del extremo del acordeón con el que se expanden y comprimen los fuelles

”

dos', durante la cual recordó algunas vivencias con el juglar que en la sabana es una especie de mito, como el de Francisco El Hombre. “Él me decía que la música es un arte, que se tenía que coger con mucho respeto y responsabilidad. En eso era muy estricto”, sostuvo.

Torres empezó su muestra esa tarde bogotana de sábado con Tierra de poetas, una cumbia propia en homenaje a San Jacinto, e interpretó algunas clásicas de la música vallenato, demostrando porque algunos en su tierra le dicen La Biblia del acordeón. Entre esos temas, no faltó La gota fría, pero hizo un recorrido por el chandé (tocó uno de su inspiración llamado Vivo parrandeando) y el porro de la sabana. Llevaba su sombrero sabanero, una mochila cruzada al vientre con su apellido bordado, y ropa oscura a manera de uniforme como el resto del grupo.

Cuando se le pregunta cómo llegó al acordeón, Carmelo recuerda a sus padres agricultores, cultivadores de tabaco en Bolívar, apenas conseguían lo suficiente para subsistir, de manera que comprar un acordeón no estaba ni siquiera entre los sueños. Fue un hermano suyo quien ahorró un poco de dinero y adquirió ese primer instrumento. “Era de una sola hilera, pero mi hermano nunca aprendió a tocarlo. El que aprendió fui yo”, aseguró sin dejar de sonreír.

Ha estado por muchas partes del mundo y participado en numerosos festivales de la región mostrando su arte y maestría, “pero es en las fiestas sanjacinteras cuando más se luce –asegura Cenith Torres, ama de casa de San Jacinto-. Para nosotros, está a la misma altura de los músicos más conocidos, como Adolfo

Pacheco, Juan Tapias o Miguel Manrique.

Ana Ortega, otra sanjacintera opina lo mismo: “Está a la altura de los más grandes, y lo contratan para muchas parrandas”.

La idea de participar en un Festival Vallenato no le gusta para nada a Carmelo, y la fama no le llama la atención. “Yo nunca perderé la identidad del pueblo y eso es lo más importante”, señala y resalta que para ser feliz le basta con saber que tiene un hogar bien formado con su esposa, Enith Arrieta, quien le ha dado tres hijas.

“Esto en un goce completo –agrega Carmelo antes de continuar su toque de esa noche en el barrio Crespo-. Me gusta la parranda, pero nunca me he emborrachado. Y usted no más póngame la botella de trago, que yo cuando toco soy su amigo, y más na”. ■